JORGE SANTAYANA Y BORRAS

Un pensador español fuera de España

Por

Francisco Elías de Tejada Spínola

I

LA guerra actual está mostrando toda la riquísima gama de posibilidades que se esconden tras del porvenir del pueblo norteamericano.

Mas no es solamente el aspecto industrial o el militar lo que nos señala el índice del nivel histórico de un pueblo. Es en sus poetas y en sus artistas, pero sobre todo en sus pensadores, donde ha de buscarse la nota que nos sirva para valorarlo. Y en este sentido, no hay en los Estados Unidos de Norteamérica figura tan representativa como la de un español: Jorge Santayana.

II

JORGE Santayana nació en Madrid, el 16 de diciembre de 1863. Su padre, un antiguo empleado colonial en Filipinas, había conocido por allá a su madre, de apellido Borrás e hija de Reus, y viuda, a la sazón, de un negociante de Boston.

Hasta los nueve años no salió Jorge Santayana de España, yendo a esta edad a América, sin conocer ni una palabra del inglés. En un Kindergarten aprendió de viva voz el idioma oficial de la que había de ser su verdadera patria, entre chiquillos de menor edad, casi como un aerolito caído de planetas diferentes. La «Brimmer School», la «Scuola latina», de Boston, y últimamente el «Harvard College», donde, años después enseñará Filosofía, supieron de sus inquietos pasos de estudiante.

Al concluir el primer curso universitario, en 1883, vino a España, para ver a su padre, que entre nosotros seguía residiendo. Estuvo a punto, a tenor de los gustos paternos, de seguir la carrera militar o la diplomática, ambas al servicio del Estado español; pero para lo primero era ya demasiado viejo, y para lo segundo, la familia carecía de influencias. Y fué así, por esta suma de pequeñas circunstancias adversas, como el pensador más representativo de la nueva cultura norteamericana no recortó su destino, atándolo al de su Patria natural y ligando su nombre al recuerdo de algún pronunciamiento o a la preparación de algún oscuro «dossier» de cancillería.

El destino se compadecía con sus aficiones. En 1883, nos dice él mismo, «me sentía en España como un forastero, mucho más que en América, si bien por razones más ... los yankees parecían bárbaros en España... Nada de la vida o de la literatura española, me interesaba lo más mínimo. El inglés había llegado a ser mi único posible instrumento de cultura... En suma, mis aficiones estaban puestas en otro sitio que en España.

Por otra parte, América brindaba más posibilidades que Europa a la inquietud que le era peculiar; no sabía ni podía amoldar sus conocimientos a los cánones rígidos y estampillados de la vieja Europa. El latín o el griego, el italiano, el francés o el alemán, si bien podía leerlos, eran lenguas que no he podido dominar nunca. Me parecía una desgracia la de que las cosas que me interesaban se me presentasen vestidas con la retórica de una de estas naciones; yo mismo no carecía de una cierta retórica temperamental, que me empuja a sellar con cuña personal las ideas que adopto.»

Era el brío de la raza, ya tan acusado en la obra paterna. El padre de Santayana era hombre en quien la sangre española fué campo abonado para la fructificación de románticas semillas. Viajero y curioso, aventurero e indómito, artista y poeta, había legado a su hijo esa vibración espiritual que, si no plasma siempre en grandes cosas, sí es imprescindible para crear la tensión vital en que las grandes cosas se producen. De joven, había trabajado en el taller de un discípulo de Goya y vertido las tragedias de Séneca en verso castellano; y más adelante, ya maduro, puesto en la estampa un libro sobre la isla de Mindanao y dado tres veces la vuelta al mundo en barcos de vela. Espíritu de audacia y agresión, que en la mente clara de aquel hijo tardío va a producir todo un conjunto de enhebradas ideas filosóficas, las acomodables a un pueblo joven, impetuoso y bullicente, cual es el de los Estados Unidos Norteamericanos.

III

YO quisiera tener a la mano las razones que llevaron a Jorge Santayana de esta tierra que le vió nacer; esto es, averiguar por qué su espíritu, eminentemente español en cuanto lanzado a desafiar voluntariamente los avatares de la vida y de las luces de la sabiduría, huyó de aquí por no encontrar ambiente, rechazando nuestro marco decimonónico por encuadramiento inadecuado a su dinámica actividad.

He leído casi todas sus obras y en ninguna topé con la respuesta. Y, sin embargo, para mí, celoso afanador de las tradiciones de los míos, el caso de Jorge Santayana, luchador insatisfecho y batallador de más anchos horizontes, viene a ser el modelo de una huída por la que, unos de alma y otros de alma y cuerpo, van evadiéndose a tierras extranjeras las más voladeras y arriscadas aves de nuestro jardín intelectual.

IV

LAS dos condiciones típicas de un pueblo joven son: la libertad en elegir su camino y el vigor resonante de sus pasos; tener una fuerza permanente, hacedera de firmes ímpetus, y encauzarla por los alegres y andariegos trajines que abren a todas las flechas de la rosa de los vientos la posibilidad de pensar sin restricciones. Por sus condiciones nativas, llegadas a esta amplitud de miras, era Jorge Santayana el nombre hecho a propósito para forjar una filosofía que fuera la de un pueblo joven, como el estadounidense.

El ímpetu vital le venía de la sangre, colonial y marinera a ratos, de sus progenitores. Cuando nos descubre su aptitud para colocar personalmente las ideas, nosotros adivinamos el despliegue del genio español, bautizando continentes ideológicos, ni más ni menos que su padre descubriendo sierras filipinas o que los viejos conquistadores nombrando ríos y demarcando reinos.

Además, este ímpetu, por el que da nueva vida a las cosas cotidianas, no es el devenir hegeliano, que sujeta todo el curso de la vida a un movimiento que arranca del ser, para determinarse en la nada y conducir al werden en una marcha ascensional, que concluye por arribar ciegamente a los puertos del Estado, cerrados, que se constituye la geografía divina, que es la historia universal. Tal dinamismo hegeliano es una fuerza absorbente que, a la corta, chocará con un pecho meridional y latino, apasionado del yo y que a las cosas del yo está encorderado.

Todo yo exige una regla exterior a que amoldarse, sea para la afirmación o sea con retadores gestos negativos. La raíz española de Santayana exige imperiosamente mantener el dualismo Dios-criatura, forma nuestra del binomio yo-objetividad. No cabe el bien ni el mal como algo permanente si lo vamos a sacar, agua del pozo propio, con las norias de la filosofía. Para Santayana, en cuanto Hegel fuerza el mundo natural a entrar en la fórmula de la evolución para venerarlo más tarde espiritualmente como personificación impersonificada de Dios, no deja otra salida que la de un absurdo optimismo que, bajo el manto de la razón cósmica, se limitará a adorar idolátricamente al burdo dios del éxito, con lo que toda norma moral desaparece, porque la noción de lo bueno y de lo malo estarán turbiamente mezcladas en el fondo de un mar de ciénagas confusas (1).

Santayana ha hecho de su esencia hispánica la causa de un sensato individualismo, que libre a la interpretación en que en definitiva consiste la filosofía, de toda mácula de panlogismos, casi siempre deterministas o panteístas. Y yo, español como él de pura cepa, y de él separado por tantos motivos geográficos y sentimentales, me complazco en enviarle un remoto saludo henchido de cordialidades al ver brotar por la fisura de su roca, tan propia de paisajes distintos del mío propio, la eterna salvaguardia de lo hispánico en el mundo: la idea de la personalidad humana, por cuya defensa escribimos las mejores páginas de nuestra historia contra el estatismo determinista alemán del «cujus regio ejus religio», en Trento, y contra el estatismo fanático de los mahometanos, en Lepanto.

V

EN Santayana fracasó el nombre de Dios. Sus padres pusieron en su sangre el brío nuestro español, pero también las semillas de la duda religiosa. El mismo nos cuenta cómo su abuelo materno era gran devoto de Rousseau, donde decía haber aprendido a conocer lo justo y a despreciar la corrupción humana.

La religión paterna, bien que oficialmente católica, no estaba muy nutrida de fervores. Eran católicos por costumbre, no por fe; su madre, incluso alardeaba de deísta; creía en Dios, pero en un Dios tan impalpable que, a fuerza de inasequible, no cabía meterlo en el cerebro ni en el corazón de los seres racionales.

Para Santayana, la religión será también consecuencia de las elaboraciones de la razón, o mejor, de la imaginación de que están dotados los hombres. Había en su alma una abierta despreocupación, esa amplitud de miras inconcebible desde la trinchera de la Contrarreforma, pero que tan bien armonizaba con las categorías mentales de un pueblo como el norteamericano, fundado por emigrantes que no cabían en Europa cabalmente por motivos de creencia.

Los vientos de la cultura le empujaban hacia igual camino, contribuyendo a hacerle avanzar por tales derroteros. Cuando se encontró a sí mismo, al conocer a Grecia durante su estancia berlinesa a la clase de Paulsen, justificaba en el alborozo íntimo de que la clásica Grecia le ungía el alma, todos los porqués de su adscripción a una patria que no era la del nacimiento.

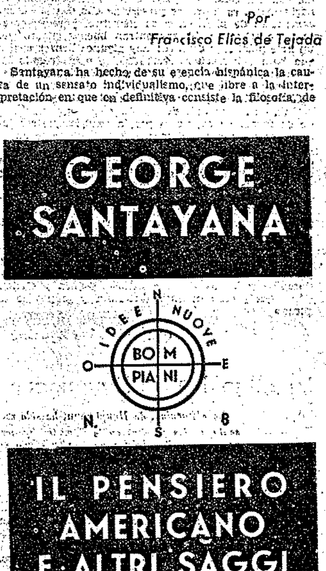
Y ya en este camino, no es difícil llegara a ser el definidor de la nueva civilización libre y americana. De la rindidle encía a la duda, y a la duda como cimiento de una teoría. Y así lo cristiano, si no del todo superado, está comenzando a serlo. La pugna tradición-progreso, que Santayana acepta erradamente, por fatal herencia del siglo XIX, ca de sí un equilibrio entre fe y razón, entre clasicismo y modernismo, entre aristocracia y democracia, entre lo viejo y lo nuevo.

No es, entiéndase bien, que el cristianismo desaparezca, a la manera que, por razones harto diversas, postula Alfredo Rosenberg desde las antípodas del pensamiento, sino que se remoce, que se llene del nuevo espíritu que va impregnando al mundo y que—se adivina entre las letras de los libros de Santayana—va naciendo en América del Norte.

Este «espíritu nuevo» es el de un pueblo nuevo; por eso es el filósofo de ese país lejano, joven y aureolado de promesas augurales.

Con todas sus características, incluso con la «sans-façon» de aquellas gentes, con su despreocupación, con su amor a—por decirlo con palabras de Ortega y Gasset—vivir la vida deportivamente. «Al arte de bien trabajar, una raza civilizada debe añadir el arte de jugar bien», escribe en uno de sus ensayos. (The supreme poet.—En Little Essays, London, Constable, 1920, pág. 154.) Uno de los yerros de la caduca civilización europea, tal vez el mayor, estuvo en olvidar esta sencilla fórmula, mitad helénica, mitad americana y un tanto senequista de la vida: lo discreto está—según él—en establecer una nueva religión y un arte nuevo, metiendo el «nuevo espíritu» en los antiguos cuerpos doctrinales. O, por decirlo en sus palabras mismas, «to correct is would be to establish a new religion and a new art, based on moral liberty and on moral courage».

Pudiera ser, en parte, una fórmula española. Si no lo es, hay en ella mucho de lo nuestro. En todo caso, quede sentada constancia de que el teórico del mundo nuevo que de esta contienda puede nacer fué un hombre que vió la luz en Madrid y que, pese a todos los desvíos espirituales, hizo ondear siempre a todos los vientos de doctrina el airón de un alma rabiosamente hispánica.



Santayana empieza ya a influir con su pensamiento en Europa. He aquí la portada de una traducción al italiano

(1) Tan verdad es esto que, al admitir Santayana la razón como eje cósmico en los cinco tomos de su obra básica The life of reason or the phases of human progress (London-Bombay-Calcutta, Constable, s. d.) distingue tres estadios o clases de sociedad: la natural, basada en la libertad moral; el de la sociedad libre, cimentado sobre la amistad y la simpatía; y el ideal, caracterizado por trascender lo accidental, cristalizado en la vez eterna, la belleza y la verdad, o sea, la religión, el arte y la ciencia. Pero en un proceso que nada tiene de común con la amañada trabazón hegeliana ni con el cerrado fatalismo panlogista.

Arte y Letras, Madrid, año I, n. 7 (1 jul. 1943); p. 5